

mente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace á Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de Leon, y somete á tributo á los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI., rey de Castilla, de Leon y de Galicia, se apodera del primero y mas inespugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua corte de la España gótica vuelve á ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

VII.

El imperio omniada ha caído. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinacion, casi sin gradacion intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento explica el de su caída. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habian hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existia; estaba toda en el gefe del estado. El peso del edificio cargaba sobre la

cabeza. Faltó el gefe, y con él se desplomó el imperio como una estatua sin pedestal.

No era esto solo. Vivian inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de origen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsun y de los Caleb; trasmitidas de generacion en generacion, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigia ni perdonaba jamás á la raza mas culta de los hijos del Yemen. El Africa habia enviado hombres á los soberanos de Córdoba, mientras meditaba cómo enviarles señores. Y tan pronto como halló ocasion, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvages en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, é hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida á precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes y comenzaban los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitucion del imperio. No hizo una ley de sucesion al trono. Y los califas, abrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos ó deudos, sin atender ni á la primogenitura ni aun á la estricta legitimidad, prefiriendo á veces un nieto á los hijos, ó un postrer nacido á los hermanos primogénitos, pocas

veces dejaron de ver ensangrentadas las gradas del trono por los miembros postergados de aquellas familias que la poligamia hacia tan numerosas, y las guerras comenzaban por domésticas y concluían por civiles. Los godos y los cristianos de los primeros tiempos de la restauración sufrieron por la misma falta iguales inquietudes. ¡Cuánto tardaron los hombres en conocer las ventajas de esa institución, menos bella pero menos fatal, de la sucesión hereditaria!

¿Qué representaba el pueblo musulmán al lado del pueblo cristiano? El uno el triple despotismo de un hombre, á la vez monarca, pontífice y jefe superior de los ejércitos. La nación no existía; era una congregación de esclavos, en que todos lo eran menos el señor de todos. Aparte del fanatismo religioso, ¿qué aliciente tenían para ellos las fatigas de una eterna campaña?

Sabían que desde Mahoma hasta la consumación del imperio, su condición, inmutable como la ley, no había de variar nunca; esclavos siempre; ni una franquicia que adquirir, ni una institución que ganar. ¡Ay de ellos si se atrevían á quejarse de que el botín de sus triunfos sirviera para las prodigalidades de un califa, que desde el artesonado salón de su suntuoso alcázar le repartía entre las poetisas que le adormecían con el arrullo de sus versos ó de sus cantos, ó de que distribuyera la sustancia del pueblo entre las esclavas que le enloquecían con estudiados placeres, ó de que las rentas anuales de una provincia fueran el precio

del collar que destinaba á la garganta de una odalisca de ojos negros! Las cabezas de los que tal murmuráran rodarian por el suelo, cualquiera que fuese su número, y no faltarian poetas que ensalzáran á las nubes las virtudes y aun la piedad del soberano.

Los cristianos representaban el triple entusiasmo de la religión, de la patria y de la libertad civil. Pues al paso que peleaban por la fé, luchaban por rescatar su nacionalidad, y ganando la sociedad ganaba también el individuo y conquistaba franquicias y derechos. Este triple entusiasmo, en oposición á la triple esclavitud de los musulmanes, necesariamente había de infundir más vigor en aquellos. Los viejos cronistas han hecho mal en recurrir al milagro para explicar cada triunfo de los cristianos.

Si disuelto el imperio omniada no acabaron de expulsar las razas mahometanas, culpa fué del heredado espíritu de individualismo y de sus incorregibles rivalidades de localidad. Las envidias se recrudecieron después del triunfo de Calatañazor, y los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragón, de Fernando, Sancho, Alonso y García de Castilla, Leon y Galicia, todos parientes ó hermanos, presentan un triste cuadro de enconos y rencores fraternales, en que parece haberse desatado completamente los vínculos de patria y borrado del todo los afectos de la sangre. Los hermanos se arrojan mutuamente de sus tronos, y los hijos de un mismo padre se clavan las

lanzas en los campos de batalla. Ni á las hermanas escudaba la flaqueza de su sexo, y vióse á Urraca y Elvira inquietadas por un hermano en los dos rincones que su padre les adjudicára para que les sirviesen de pacífico retiro. Y como si fuese necesario poner el cebo mas cerca de la ambicion y de la envidia, los padres, al morir, partian el reino en tantos pequeños estados como eran sus hijos. Fernando de Castilla no escarmentó en los desastres del error de su padre: cayó en el mismo y á igual falta correspondieron iguales calamidades. Merced á estas funestas particiones, se encontró la España cristiana, reducida y pobre como era todavía, dividida en seis estados independientes. Por fortuna era harto mayor el fraccionamiento de la España mahometana y el mayor desconcierto de la una era la salvacion de la otra.

Aunque supongamos hija de la necesidad y obra de la política aquella desdeñosa tolerancia que en los dos primeros siglos de lucha usaron los conquistadores con los conquistados, permitiendo á los cristianos el libre ejercicio de su religion y de su culto los mismos que venian á imponerles otro culto y otra religion, no por eso deja de ser admirable aquel prudente contenimiento tan desusado de los pueblos conquistadores. Y sería un espectáculo singular ver en las grandes poblaciones alternar el escapulario del monje cristiano con el turbante del musulman, y al tiempo que el sonido de la campana convocaba á los fieles al sacrificio de la misa

ó á oír la predicacion del sacerdote de Cristo, la voz de los muezzines estar llamando á los hijos del Profeta desde lo alto de un alminar á rezar su azala en la mezquita ó á oír el sermon á su alchatib.

Mas tan estraña tolerancia cambió al fin en cruda persecucion. San Eulogio, el campeon impertérrito de la fé, nos ha dejado consignadas en sus preciosas páginas las glorias de los mártires de Córdoba. ¿Sería acaso que él mismo, y otros celosos apologistas, como Alvaro, Cipriano, y Samson, provocáran el martirio como el único medio de atajar la propension que en los mozárabes de aquel tiempo se notaba á dejarse arrastrar del ascendiente de la civilizacion de los árabes, y á fundirse en la poblacion musulmana por el idioma, por las costumbres, por los trages, por la literatura, y hasta por los matrimonios? Si tal fué su intento, lograronle cumplidamente, porque la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos, que por otra parte rivalizaban en espíritu y en celo religioso.

Si en Córdoba se levantaba una soberbia aljama ó mezquita, mas grandiosa que todas las de Occidente y rival en suntuosidad con la gran Zekia de Damasco, lugar santo de peregrinacion para los musulmanes como la Meca, en Compostela se erigia una gran basílica, se descubria el sepulcro del santo apóstol Santiago, y los piadosos cristianos acudian allí en peregrinacion como á Jerusalem ó á Roma. Si cada emir y cada ca-

lifa enriquecía ó agrandaba el gran templo, ó construía nuevas mezquitas y las dotaba con gruesas sumas de dinares de oro, cada obispo y cada monarca cristiano dotaba con esplendidez una iglesia, ó levantaba una catedral ó fundaba un monasterio. Si el alghied publicado desde el almimbar ó púlpito alentaba á los soldados del Profeta á emprender con vigor una campaña, los soldados de Cristo entraban con ardor en el combate invocando al santo patrono Santiago, á quien veían en los aires caballero en un soberbio corcel y armado de reluciente espada, bajar á ayudarlos en la pelea y á derribar millares de infieles bajo los pies de su caballo; ó bien era San Millan, que se aparecía entre nubes con vistoso traje y armado de todas armas, ó bien San Jorge en caballo blanco y con cruz roja; visiones saludables que les valieron mas de un triunfo. Y si la verdad histórica no admite el milagro de Clavijo bajo el primer Ramiro, solo aquella fé les pudo proporcionar otra victoria en el mismo lugar bajo el primer Ordoño.

Encontrábanse en las batallas los alfaktes y alchaites musulmanes con los sacerdotes y obispos cristianos, unos y otros llevando sobre la vestidura sagrada el armamento del guerrero. En Valdejunquera dieron muerte los cristianos á dos doctores del Islam, y los musulimes hicieron prisioneros á dos obispos cristianos. Cuando el conde Armengol de Urgel llegó con sus catalanes cerca de Córdoba, para auxiliar al árabe

Muhammad contra el berberisco Suleiman, tres prelados le acompañaban en esta singular cruzada, y todos tres sucumbieron con su gefe peleando como soldados. Si el pueblo ve despues sin sorpresa en el siglo XV al arzobispo de Toledo capitanear los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra las huestes de Enrique IV. de Castilla; si en el siglo XVI el mas eminente cardenal de España no tuvo por ageno de su estado ordenar el asalto de Oran con la espada del guerrero ceñida sobre el sayal del franciscano; si mas adelante se vió sin maravilla una legion de clérigos comandados por un obispo defender las libertades de Castilla en los campos de batalla contra los ejércitos imperiales del gran Carlos V; si en el siglo XIX hemos visto á los ministros del altar blandir la lanza y acaudillar guerreros contra las legiones de un invasor extraño, y hasta en nuestras contiendas civiles cambiar la vestidura sacerdotal por la armadura bélica, fuerza es reconocer lo que encarnó en esta clase la costumbre adquirida en aquellos tiempos de celo religioso.

Los pueblos que asi competían en devocion no podían competir lo mismo en civilizacion y en cultura. Los árabes con su natural viveza se habían lanzado á la conquista de las letras con el mismo ardor que á la conquista de las armas, y el pueblo musulmico español era un hijo emancipado de aquella Arabia que heredó las riquezas literarias de Egipto, de Grecia, de Roma y de la India. Los califas de Occidente se propu-

sieron que la córte de Córdoba no cediera en brillo intelectual á la de Bagdad, la ciudad de los ochocientos médicos, y de la universidad de los seis mil alumnos. Abderrahman III. supo fomentar los diversos ramos del saber humano tanto como Alraschid, y Albakem II. no seria acaso inferior á Almamun, el mas espléndido y el mas sábio de los Abbassidas. Los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca Merwan son un testimonio del asombroso impulso que dieron á la literatura los soberanos Omniadas. Llevaban tras sí aquellos califas aun en las expediciones militares gran séquito de médicos, astrónomos, filósofos, historiógrafos y poetas, y do quiera que el gefe del imperio se moviese era como un planeta que se divisaba de lejos por el brillo que le rodeaba ó por el rastro de luz que iba dejando. Examinaremos no obstante en nuestra obra aquella cultura intelectual, y veremos si tenia tanta parte de gusto, de raciocinio y de solidez, como de artificio, de atrevimiento y de imaginacion. Y veremos tambien el influjo que ejerciera aquella literatura y aquel idioma en la literatura y en el idioma español.

De todos modos no podia el pueblo cristiano-español nivelarse en este punto al hispano-arábigo, reducido como quedó aquel con la invasion á la infancia social. Y antes era para él ganar comarcas que crear colegios, primero era existir que filosofar, y la espada era mas necesaria que la pluma. Asi con todo, desde Alfonso el Casto que señaló ya en el siglo IX el cimien-

to de que habia de arrancar la nueva organizacion del pueblo hispano-cristiano, hasta el XI que marcó una era de mejoramiento material y moral, no dejó de hacer los adelantos relativos que su condicion y la vida activa de la campaña le permitian.

¿Y qué fué de aquella esquisita y refinada cultura oriental que tanto lustre dió al imperio Omniada? Sostenida como él por los califas, se desplomó con su material grandeza. Oscurerán su brillo póstumo las dominaciones pasajeras de los Almoravides y de los Almohades. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante cruz de los cristianos, y el Africa volverá á recoger los restos fugitivos de un pueblo que fué culto, y que no hará ya sino vegetar en la barbarie allá en los desiertos de donde habia salido. Asi se cumplirá aquella profecía que la indignacion arrancó á un cierto Takeddin cuando dijo: «Dios castigará en la segunda vida á Almamun, porque ha convertido hácia las ciencias profanas la piedad de los musulmanes.» No sabía este celoso ismaelita que no era la piedad del Koran y la civilizacion de la esclavitud la llamada á alumbrar el género humano.

En cambio conquistaba el pueblo cristiano preciosas adquisiciones políticas y ganaba inapreciables derechos civiles. Gloria eterna será de España el haber precedido á las grandes naciones de Europa en la posesion de esos pequeños códigos populares que dieron

á las corporaciones comunales, á los vecinos, artesanos y cultivadores, un influjo y un poder que no habian tenido en la antigua sociedad germánica, ni le tenian aun en los estados europeos de ella nacidos. Aparecen pues los *Fueros* de Leon y de Castilla, los *Usages* de Cataluña, y las cartas municipales: la iglesia restablece sus concilios, y el elemento popular entra á hacer parte de los poderes del Estado, merecida recompensa que los príncipes otorgan á los pobladores de una ciudad fronteriza, de continuo combatida por el enemigo y defendida siempre con vigor, ó mercedes hechas por servicios heróicos prestados por los pueblos al trono y al pais. A la libertad individual de los godos suceden las libertades comunales y las franquicias civiles, y la España al paso que reconquista va marchando tambien hácia su reorganizacion.

A pesar del fervor religioso que daba impulso y vida al movimiento de la restauracion, la córte romana no habia estendido á la española el influjo y la omnipotencia que ejercia en los estados cristianos de allende el Pirineo. La nacion proveia á su gobierno y sus necesidades, y la iglesia celebraba sus concilios convocados por el monarca, de la misma manera que lo habia hecho la iglesia gótica. Por primera vez despues de diez siglos, se pone un reino de España bajo la dependencia inmediata de la córte pontificia. Un rey de Aragon hace su reino tributario de Roma, y otro monarca aragonés, amenazado con los rayos espirituales

del Vaticano, se ve obligado á hacer penitencia pública, y á restituir á la iglesia los bienes que llevado de un celo religioso habia tomado para subvenir á los gastos de la cruzada contra los sarracenos. Mas tarde deja penetrar Alfonso VI. en la iglesia y reino de Castilla la doctrina de la soberanía universal de los papas, tan arrogantemente sostenida por Gregorio VII., el gran invasor de los poderes temporales. El campo escogido para esta primera tentativa fué el reemplazo del breviario gótico ó mozárabe, tan querido de los españoles, por la liturgia romana. En vano clamó el pueblo porque se le conservára un ritual, que miraba como el símbolo de sus glorias. El clamor popular, el juicio de Dios, y la prueba del fuego, que se pronuncian en favor del rito Toledano, se estrellaron contra la obstinacion del monarca, que resuelto á complacer al pontífice, decretó la abolicion del breviario mozárabe y la adopcion del romano. El pueblo, entre indignado y lloroso, exclamó: *Allá van leyes do quieren reyes*. Y la frase adquirió desde entonces en España una celebridad proverbial. Las vicisitudes que desde esta primera victoria del poder papal sobre los reyes y las libertades de la iglesia de Castilla esperimentó en lo de adelante, segun las ideas de cada siglo y el humor de cada monarca, forman una parte muy esencial de la historia de nuestro pueblo.

Bajo la influencia de una reina francesa y á la sombra de un primado de Toledo, tambien francés, y

monje de Cluni como Gregorio VII., hace al propio tiempo su irrupcion en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen á buscar fortuna á España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes, de Portugal y de Castilla.

VIII.

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con estrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado el imperio Omniada y conquistada Toledo, parecia no restar á las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupcion de bárbaros mahometanos, los africanos Almoravides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana,

y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varon del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejose por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecia que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon habria de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El génio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragon, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre é hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por mas de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragon, mas virtuosos y mas simpáticos, y unidos en mas feliz consorcio, enlazáran indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de trascurrir trescientos años todavía!